

Rescates, réplicas y contrarréplicas

Fanny Buitrago y su ave fénix

El hostigante verano de los dioses

FANNY BUITRAGO

Universidad de los Andes / Panamericana / Universidad Eafit / Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2016, 304 pp.

SE HAN necesitado 53 años para descubrir el auténtico valor literario de Fanny Buitrago y reparar la enorme injusticia que se había cometido con una novela fundacional e innovadora, que se quedó en una especie de limbo en el corpus literario nacional del siglo XX. Como ha sucedido con las obras de Soledad Acosta de Samper, Marvel Moreno y Alba Lucía Ángel, entre otros nombres, se ha requerido un trabajo crítico de recuperación filológica —esencialmente promovido por profesoras mujeres— para descubrir que debajo de nuestros pies teníamos un tesoro y no lo sabíamos.

La historia de la recepción de *El hostigante verano de los dioses* (1963) es una mezcla de equívocos, maledicencias y finalmente exclusión simbólica. La novela fue publicada por Tercer Mundo en un momento político y cultural complejo, dominado por la reacción izquierdista radical ante Frente Nacional bipartidista. Al tiempo, se habían impuesto los debates sobre el realismo estético, la revolución social y la modernidad literaria, impulsados por Ángel Rama, Roberto Fernández Retamar y Antonio Cândido. García Márquez empezaba a ser reconocido por sus primeras novelas y cuentos sobre la Violencia, y se imprimía la primera edición completa de *Morada al sur*, poema emblemático si lo hay, del nariñense Aurelio Arturo, muy cercano a la revista *Mito*.

Los primeros equívocos surgieron de los medios de prensa cuando se conoció quién era la autora de *El hostigante verano de los dioses*: una chica de menos de veinte años, barranquillera, inédita. Las reacciones sexistas, racistas y clasistas se sucedieron en cascada: ¿una novelista mujer?, ¿costeña hija de quién?, ¿el libro no se lo habrá escrito alguien? La maledicencia provino sobre todo de los amigos nadaístas de Fanny Buitrago, quienes en parte se vieron retratados irónicamente en la obra y reaccionaron con burlas y ataques. La exclusión simbólica corrió por cuenta de la precaria crítica literaria de la época, que consideró, tal como lo reflejaba un reseñista, que “esta novela retrata amoralidades, excesos, frustramientos. Lectura nociva para quienes crean aún en la belleza de muchas cosas y las defiendan con hermoso coraje”. (Todos estos detalles de la recepción de la novela se toman del valioso artí-

culo de Nadia Celis, “Tras medio siglo de *El hostigante verano de los dioses*: Fanny Buitrago y la ‘autenticidad’ caribe”, publicado en *Revista Iberoamericana*, n.os 255-256, 2016.)

El hostigante verano de los dioses narra en veinte capítulos la historia de unos jóvenes en su mayoría pertenecientes a familias acomodadas, que forman un grupo literario, el club de Los Auténticos Liberales, muy en onda con las fórmulas de las vanguardias y neovanguardias europeas de mediados del siglo XX. La sede del grupo es B., una ciudad calurosa al borde de un río, dominada por el negocio del banano y las injusticias feudales del mundo caribeño. El club —como todo grupo vanguardista— tiene su manifiesto provocador: “Amamos la división de clases. Acusamos a los que carecen de apellidos. (...) Estamos con la absoluta libertad sexual: acatamos cualquier inclinación de esta índole, así se trate de personas, cosas o animales. Rechazamos las religiones, la política, el socialismo, el comunismo, y cualquier igualdad que pueda ser instituida” (p. 18).

Las consignas, sin duda, son una parodia de las que escribió Gonzalo Arango en 1957. Pero más allá de este hecho coyuntural, interesa valorar esos eslóganes desde una perspectiva más amplia y es la de la ubicación del artista en la sociedad, que es de lo que finalmente trata esta novela de iniciación. Marina, una joven periodista capitalina, viaja a B. con el ánimo de saber quién es el autor o la autora de una premiada novela cuyos protagonistas son los “dioses del club”. Pese a la advertencia que hace una de las chicas del grupo (“me harta verlos presumir de incomprendidos y anormales, cuando no pasamos de ser una partida de cretinos”, p. 19), Marina persiste en su investigación hasta que se involucra afectivamente con Leo, el más nihilista del club. Ella misma, paradójicamente, acaba convertida en personaje de la novela sin autor.

Los jóvenes protagonistas son excéntricos y arrojados, practican la poligamia, consumen desafortadamente alcohol y drogas, y de vez en cuando dicen “severas verdades” sobre el individuo y la sociedad: “Mentimos, fornicamos, aramos en el mar” (p. 112). La novela es narrada por cinco mujeres (Marina, Irani, Isabel, Hade y la “autora” Fanny Buitrago) y si bien los personajes femeninos no tienen un papel intelectual relevante dentro del grupo, sí tienen protagonismo político —ya sea la hacendada en decadencia (Dalia Arce) o Isabel, una guerrillera traicionada por su amante— y también sexual porque abren nuevas formas de identidad y empoderamiento del discurso erótico, que revelan los visibles cambios que afrontaban las mujeres en la década de los sesenta. Las bellas y manipuladoras Abia y Hade utilizan la sugestión erótica como arma de rebeldía, la prostituta Vera cuestiona la masculinidad costeña, Marina misma se casa con un hombre que no la ama, pero con el que sabe que adquirirá una posición social. *El hostigante verano de los dioses* aporta información sobre la representación de la mujer en la narrativa de ficción colombiana del siglo XX y rompe con los moldes presentados en novelas canónicas como *María* (1867), *Una holandesa en América* (1888) o *La vorágine* (1924).

Hay otro tema, que en mi opinión está muy bien manejado por Fanny Buitrago, debido al riesgo estilístico y político que implicaba: la huelga de los trabajadores bananeros (capítulo 9, pp. 135-140). La hacendada Dalia Arce y sus hijos Esteban y Fernando Lago (que sin ser intelectuales se consideran “dioses” del club de Los Auténticos Liberales”) contemplan cómo los obreros organizan un paro armado, abandonan sus trabajos en B. y parten hacia Urabá donde esperan ser mejor pagados. El hecho político divide al grupo. Yves de Patiño (una aproximación caricaturesca a Julio Mario Santo Domingo) asume una posición distante y despreciativa hacia la situación; el hermano negro y renegado de los Lago, Isaías Bande, espera atento para sacar réditos de la huelga y quedarse con las haciendas; Daniel Mendoza, el guerrillero del grupo, no vacila en pensar que esta es la ocasión para organizar a las masas en búsqueda del poder revolucionario. Fanny Buitrago resuelve el conflicto narrativo pasando por alto el antecedente más próximo que tenía —*La casa grande* (1962), de Álvaro Cepeda Samudio— y lo asume desde la perspectiva del kitsch sentimental: la historia termina como parodia de telenovela.

La novela discurre en adelante en una atmósfera sórdida de oquedad, además de anunciar traiciones y renunciaciones. Los intelectuales “dioses” y “liberales”, que se saben personajes de una novela que no cesa de escribirse, preparan un final a la colombiana: reconciliación con el sistema que odiaban, matrimonios por conveniencia o fatiga, astucia en los negocios y concesiones intelectuales al establecimiento. La autora de la novela, otro personaje de su propia obra, cierra el libro afirmando con humor y fatiga: “Lo siento. Olvidé lo demás”. ¿Qué habría valido la pena recordar después de semejante farsa? Ciertamente alzhéimer histórico clausura el probable significado que puedan tener estos grupúsculos artísticos de vanguardia.

Bien ha señalado Carlos Granés (2011) que las neovanguardias periféricas (el club de Los Auténticos Liberales es una ellas) surgieron como respuesta en forma de happening al mundo tradicional de la casa grande, la hacienda:

A lo largo del siglo, la ira del joven rebelde que aborrecía el mundo en el que le tocó vivir se manifestó en la búsqueda de nuevas fuerzas, nuevos hombres y nuevos paraísos, bien fuera en el futuro, en la niñez, en el primitivismo, en la barbarie o en el subdesarrollo. (p. 453)

La simulación social, la provocación puramente publicitaria, los desaires verbales, fueron apenas la manifestación exterior de rebeldía de esta generación moza de intelectuales sesenteros ante un entorno inédito de la modernidad colombiana, que presencié el fin del mundo rural y el asentamiento del urbano: las grandes ciudades, la anomia, la pérdida de referentes religiosos. Muchos de aquellos jóvenes seguidores del nadaísmo, como lo mostró cómicamente Rafael Humberto Moreno-Durán en *Juego de damas* (1977), terminaron en las toldas de entidades del gobierno, se fueron a la guerrilla, otros se convirtieron en profesores universitarios o periodistas; o en el caso de una élite de mujeres, asumieron un discurso feminista y comenzaron a ascender en la escala

del poder, tal como lo representa el personaje de “la Hegeliana”.

Que sea pues bienvenida la relectura, la recuperación hermenéutico-interpretativa de *El hostigante verano de los dioses*, de Fanny Buitrago, que para su momento escribió un libro valeroso, innovador, arriesgado y comprometido con una idea renovadora de literatura, un libro reeditado de modo digno, acompañado de paratextos que dan nuevas luces sobre el valor de esta obra.

Carlos Sánchez Lozano